

ALVARO LEON PERICO

Ha publicado los libros: Lunas de la calle caliente, etnografías de los actos de habla escolar.

EL AMANECER ALEGRE DE LA ESCRITURA

Atrás cae la tarde, con sus racimos de uvas exprimidas por catadores invisibles, tengo ahora sólo sus pétalos de amapola polvorienta entre los dedos y el tremor de un viento irreverente; sobre los bordes de una copa de silencio fermentada por los años sin rastro del olvido, rebota la perturbable imagen de la noche con su arco de sombras.

Desciendo

Desciendo hacia la medianoche, ya rozan mis pies la aurora de las palabras alegres, bordeo la línea del alba, algunas se clavan sobre mi cuerpo como estalactitas de luz, sangran y forman cardúmenes cristalinos entre los borbotones de la sangre.

Se han derretido las luminarias del día, las que enciegan a los que han olvidado las estrellas y los cantos del destino. En las oficinas los amos se regodean con los senos contrahechos de la estupidez burocrática, los fulmina el ojo del huracán de la palabra vacía mientras recuestan sus cabezas sobre el trasero de sus secretarías creyendo que es el altar de la patria.

Avanza la noche y los señores de la muerte duermen a pierna suelta y se quejan de la gota, y consumen viagra mientras sus amantes se quejan de no saber acariciar sus senos y confundirlos con la doble cara de las monedas falsas.

Se escucha el campanilleo del rocío del silencio, es la medianoche balanceándose en su cuenco de sombras.

Cruza y envuelve mis sienes el arrebol de la aurora, respiro el aire puro de los heliotropos que crecen en los bordes de las colinas de la escritura.

El silencio se convierte en aguijón entre la piel y la carne, está camino al habla: siento el desgarrón de la palabra mañanera.

Existo: mi grito invoca una oreja sideral donde el infinito es su espejo que lo multiplica hasta borrarlo.

La pregunta me doblega: ¿Qué veneno contiene la tinta de mi escritura?

Busco y no encuentro la palabra que busca el instante de la ensoñación sin temor a que la dilapide un viento huracanado o la convierta en pesadilla.

La palabra gotea de los labios de los dioses que siguen soplando el globo del infinito y solo quieren acompañar al que brinda sin sonrojos por la eternidad humana, la que nos hace mortales antes de que la muerte sea la figura de una guadaña oxidada y Dios la piedra donde hay que afilarla.

Y todo puede suceder en la medianoche del silencio sobre el desfiladero del amanecer alegre de la mañana por donde se va la vida.

¿Dónde encontrar a la invisible, invisible mariposa agorera que enciende sus alas y se posa silenciosa en el corazón de la palabra?

Tal vez, en el vientre milagroso de la oruga.

¿Dónde escuchar su ascenso leve de heliotropo soñoliento cuando dobla sus pétalos entre la piel de la caricia del instante fugaz?

Suenan entre mis dedos de olivar en flor las caracolas lentas por entre los ríos de la página borroneada. Dejan sus huellas las venas rotas cuando el grito rompe los labios de la palabra imposible.

Entre las hierbas que empujan la mañana hacia los despenaderos de la alegría se quiebran las letras que se niegan a tejer una palabra.

Arden y se retuercen como crócalos venenosos en las arenas calientes de mis desiertos interiores.

¿Dónde seguir el rastro de la que todo lo adivina y sólo entrega su verdad en copas de vino reverberantes de veneno a quien se deja acompañar hasta el supremo instante de su muerte?

¿Para qué seguir su huella debajo de la arboleda de la Rosa de los Vientos con los pies los pies huracanados y heridos por los alacranes del destino?

¿No será acaso, la invisible, invisible mariposa agorera, aquella callada mujer que pasa y teje su ausencia con hilos del ovillo del deseo en el telar de los cuatro puntos cardinales?

¿Será, ella, la que nos persigue desde el alba hasta la hora vespertina en el falso jardín de las delicias que inventamos bajo el sol canicular y nunca lo regamos?

¿Será, ella, la imperceptible estela de agua y ecos de sonos de marimba que dejan los barcos como signo de desafío a las tormentas de los mares hiperbóreos?

¿Es, ella, la innumerable, el acallado silencio de las horas cabizbajas, apostando minuto a minuto lo que hay de fantasmal sobre la cara de los dados en el juego de la ausencia y la presencia?

Ella, se enreda a mis sienes como un arco iris que regala vibraciones de color entre las altas montañas de la ensoñación. Y como volcanes de tamarindo estallan sus colores entre mis labios y corre la lava sobre la piel amenazando con sus silencios quemantes. Y, a la hora del alba suenan sus marimbas y sus ecos sonoros invitan a la danza.

Es el canto premonitorio del ave agorera que invita a la reflexión temprana donde toda incertidumbre se deslíe como gota de rocío entre las palmas del olvido.

Coloco mis manos sobre su espalda tibia, la froto como un rayo de luz en la pupila ciega. Siembro madre selvas diminutas entre los poros de su piel y espero el milagro del silencio...

Coloco mis manos sobre su boca de ébano y soplo sobre los tallos verdes esperando el otoño de las palabras que retoñan y espero, que el eco de la voz vaya y retorne como un mensajero fatigado que se ahoga entre balbuceos ininteligibles desprendidos del último suspiro de la vida.

¿Qué vestido luce a la hora en que el pétalo de la flor de la cicuta golpea sobre el rostro del fatal instante de las premoniciones?

¿Qué máscara desfigura su rostro en la mañana y cuál a la hora en que la tarde se recoge en un ovillo de sombras desleídas?

En el umbral del crepúsculo: un gesto indescifrable enciende el mohín de su rostro frente a la penumbra del ensueño.

Y, a la medianoche cuando todos los silencios se arremolinan como un grito entre la piel y la carne, la risa juega con su eco anonadado frente a la nada de su espejo. Y, más allá del espejo se fragmenta en mil pedazos, hasta encontrar el sollozo de su nombre.

¿Y, si no es de ella, de quién hablo?

¿Sobre quién escribo cuando todos los fuegos del mundo se han apagado y sólo queda la medianoche de mi silencio?

¿Entre qué vaho de nubes indecibles entibia su cuerpo de agorera si no retorna el origen de la palabra en el momento soberano de las voces sin eco entre la multitud de gritos sin escucha?

¿Acaso, no es ella, la sopladora, la atizadora, la avivadora, de los fuegos que sollaman los cardos resecos del corazón cuando se apagan los claroscuros de la voz?

¿Y, si desaparece la golondrina en el tejado, a qué hora empezará la madrugada?

¿Y sin ella, dónde encontrar el otoño, a la ahora en que mi cuerpo es solo caricias entre sus senos, de las ensoñaciones entre las cenizas de la carne olvidada?

¿Si, es ella, la que nutre el eterno insomnio de la palabra que vela, de la palabra que dibuja claroscuros sobre la sombra que los cuerpos no pueden saltar para volver a encontrar el grito originario de la infancia?

¿A dónde encontrar a la invisible invisible mariposa cantora de los secretos que sólo la risa de la muerte sabe celebrar?

¿Por qué suele aparecer como una fragancia primaveral, a la ahora en que mi cuerpo es sólo una osamenta que suena como un cascajal a la hora del mediodía?

¿Por qué sólo hace presencia cuando sentado en mi silla estercolera me creo rey de los humanos y apenas soy un simple príncipe idiota que me embriago con mi propia podredumbre?

¿En qué hendidura de mi palabra se esconde?

En qué momento doblo su pétalo de amapola como se dobla una caricia perdida en el abismo del adiós?

Y, cuando la invisible agorera de los caminos que no conducen a ninguna parte, gesto de un acróbata sobre la cuerda floja que une los abismos y no nos atrevemos a dar el primer paso por temor a traicionar nuestros propios deseos de guerreros apostándole a la vida-muerte, volvemos la mirada y se escapa la invisible agorera del fondo de los pensamientos que inventamos como trampa para no saltar los cabellos de la estupidez que nos aprisionan. ¿Dónde quedan las fuerzas guerreras que dan vueltas como una guirnalda de olivo verde sobre las sienes y sólo queda la redondez reseca del tallo sin hojas y sin flores?

¿Dónde se han cortado las hojas del ramo que sólo es alucinación depravada de un momento efílico, producto del brindis socarrón de la delirante idea de poder entre soberbios y embrutecidos burócratas del discurso?

¿Y, si ella pasa y no escucha mi canto y sigue su andadura y se pierde por entre la maleza de los brazos de las multitudes que han perdido su voz?

¿Dónde sentarme a escuchar el canto de la rana que solitaria se desmaya debajo de una gota de rocío?

¿Y, si el canto de la rana no es mi canto y se cruzan nuestras soledades entre los ramajes, donde encontrarla para que su presencia nos llene de melodías a la hora vespertina?

Las horas que gastamos buscando en los bolsillos la última moneda que nos queda para jugarla por ganar un último instante en el mercado de la fantasía humana, esa moneda no ha pasado por la fragua del herrero que llevamos dentro, porque desde antes de nacer ya se han apagado todos los fuegos del universo y los dioses siguen tras de las montañas descansando de los errores cometidos por fabricar hombres de barro.